

ALFREDO A. ROGGIANO  
(1919-1991)

POR

ANTONIO CORNEJO POLAR

Es profundamente aleccionador que el último libro de Alfredo A. Roggiano fuera un estudio sobre su maestro, don Pedro Henríquez Ureña; lo es por varias razones, pero sobre todo porque refleja bien la convicción de Roggiano acerca de la necesidad de articular firmemente el pensamiento crítico hispanoamericano alrededor de una tradición viva, intensa y valiosa, como larga y esclarecedora secuencia de reflexiones sobre el sentido de nuestra literatura, y porque —dentro de esta perspectiva— sabía con certeza que su propia y muy valiosa obra intelectual, inclusive la de su madurez, no debía desligarse de sus fuentes primeras, formativas.

Alfredo Roggiano dedicó su vida a fortalecer esta tradición. Aunque nadie puede negar el alto rango de su producción personal, representada por ejemplo en sus magistrales estudios sobre el barroco y el modernismo hispanoamericanos o sobre el romanticismo argentino, ni la tersa finura de su poesía, la verdad es que Roggiano sacrificó mucho de sí mismo al entregarse con devoción ejemplar a sus tareas como Director del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana y de la *Revista Iberoamericana*. Sabía que de esta manera aseguraba una sólida base institucional —que es absolutamente imprescindible— para la continuidad y el perfeccionamiento del hispanoamericanismo.

En realidad, es difícil imaginar siquiera el curso de nuestra disciplina en las últimas cinco décadas sin el Instituto y sus congresos y sin la puntual aparición de la revista. Es una manera de decir que en ese largo lapso la figura y la actividad de Alfredo Roggiano fueron absoluta y definidamente centrales en y para el desarrollo del vasto esfuerzo intelectual realizado en torno a la literatura de nuestros países. Todos sabemos que sin su capacidad, su trabajo y su sacrificio, sin su a veces incomprendida vehemencia, no se hubiera podido contar con la eficiencia del Instituto ni con la alta calidad de su revista, revista a la que imprimió —y es bueno remarcarlo— una política selectiva en cuanto a la calidad académica de sus materiales y sinceramente pluralista y democrática en lo que toca a las varias perspectivas con que se enfrenta (se debe enfrentar) el trabajo crítico.

Hasta en sus últimos días, Roggiano pensaba más en sus responsabilidades institucionales que en sí mismo, en su ya muy quebrantada salud. La última vez que lo ví apartó todo otro tema para conversar sobre el congreso de Barcelona, e inclusive el de 1994, y sobre los varios números de la *Revista Iberoamericana* que seguía preparando con entusiasmo que parecía no haber sido mellado en absoluto por la enfermedad. Estoy seguro

de que sabía que no nos acompañaría en Barcelona y que no vería las nuevas entregas de la revista, pero en el fondo eso ya no le interesaba demasiado. Admirablemente, conmovedoramente, había fundido su existencia con la del Instituto y su vigorosa continuidad le garantizaba una otra forma de vida. Creo que era la única que en ese momento le interesaba.

Escritas a vuelapluma, estas breves palabras no quieren ser más que un homenaje a la memoria de quien personificó por largas décadas el proceso del hispanoamericanismo. Como transitorio presidente del Instituto creo representar el sentir de todos sus miembros, y en general de todos los hispanoamericanistas, al rendirle este tributo. El más alto será, sin embargo, el que le tributemos todos, como comunidad académica, preservando el legado de honestidad, trabajo y calidad intelectual que dejó al Instituto y a la *Revista Iberoamericana*. El uno y la otra serán siempre obra de Alfredo Roggiano.

Pittsburgh, noviembre 1991